

La antigua cárcel de Campeche: internos con fama y poder

● Arón Enrique Pérez Durán

“

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”.

El Quijote. Miguel Cervantes Saavedra

Tal vez una de las instituciones más controvertidas desde su creación, sea la prisión. Con momentos de brillo y esplendor en el panorama mexicano y sin duda con un permanente cuestionamiento ya sea por quienes estaban reclusos o por los disturbios que al interior de ella se suscitaban.

Protagonista de muchas historias, de célebres fugas, de motines impactantes, de muertes misteriosas y de un sinfín de anécdotas y por la triste fama que la acompañaba, ha sido el viejo edificio que hoy en día alberga el Archivo Municipal de Campeche, pero que en aquellos tiempos de los años ochentas fue lugar de gente “sin nombre” y otras más con mucho “nombre”, personas que se reconocían como existencias brillantes que se percibían cuando se enfrentaban al poder y cuya infamia sólo era una variación de la fama universal que se creaban día a día en una galera de aquella cárcel.

Aquél viejo inmueble del penal de la calle 63 había albergado a un sin fin de individuos que forjaron su carácter y destino desde su inauguración aquel 27 de junio de 1845, hasta su cierre y abandono en 1983. Hombres como Donaciano Cruz Aké, alias

“El Diablo”, Juan Manuel Cáceres Gómez, alias “La Virus”, Manuel Hernández Cruz “El Tabasqueño”, Arturo Medina Morales “El Huach”, Juan López Hidalgo “El Machetazo”, Martín Rodríguez Hernández “El Titíno o Cejas” y Arturo Felipe Díaz Magaña, alias “La Jirafa”, entre otros, escribieron sus propias historias en la soledad de sus celdas y marcaron sus destinos con la sociedad.

Pero un interno que logró mucha fama y poder en la vieja cárcel, y posteriormente en el reclusorio de Kobén, fue Julio César López Domínguez alias, “El Perro López”, aquel que un día fue el jefe, el capo, el mandamás: “Julio nació un 30 de agosto de 1957, fue un chamaco que nunca tuvo amor. Hijo de mi hermana Chabela con Moisés López. Ese mote del Perro se lo pusieron porque fue muy terrible. Estudió en la Primaria Justo Sierra Méndez, nunca entraba a la escuela, se escapaba y hasta ahí nada más llegó. Fundó un imperio en la cárcel, le gustaba estar adentro porque era amo y señor de todo (Gladis Domínguez Castillo. Entrevista personal, 25 de mayo de 2011).

“Cayó por primera vez en el viejo penal junto con mi hijo Marcelo que me mataron a la edad de catorce años, estaban fuman-

do marihuana ahí del Teatro Toro. Se lo llevaron bien chamaquito y lo encerraron junto con una mujer que apodaban "La Colombiana" que se encontraba presa ahí porque le había tirado ácido en la cara a un tal Fuentes y por droga. Yo quería mucho a Julio, por eso promoví para que lo soltara don Faustino Escamilla junto con mi hijo Marcelo. Desde su primera caída al

penal lo sacaron pero volvía a regresar, entraba y salía, hasta que se quedó para siempre. Ahí adentro había un hondureño que se esca-bechó. Lo visitaba yo muy seguido, nadie se metía con él, todo mundo lo respeta-ba y vivía en una galera pe-queña junto con tres más y su perro llamado "Solovino" (Gladis Domínguez Castillo. Entrevista personal, 25 de mayo de 2011).

"Aquél 31 de enero de 1983 día del motín, nos avisó, como a las siete de la no-che, un chamaco que pasó por la casa y nos señaló que la vieja cárcel la estaban quemando. Julio se escapó ese día de ahí, por él empe-zó el pleito, ya que había un reo que le apodaban "La Vi-rus" que quería el control del penal pero Julio no lo dejó. Durante la pelea, como a las cinco de la tarde, una

hora antes del estallido del motín, Julio logró darle un machetazo en el brazo a "La Virus" ganándole la partida a golpes. En su huida se acordó de don Faustino Escamilla en plena trifulca, quien se encontraba en los pasillos, le arrebató la pis-tola a un celador y les tiró de balazos a los presos para re-plegarlos, cargó a don Faus-tino y lo dejó en la puerta del penal. Llegó corriendo a mi casa y me dijo:

—¡tía, me están quemando en la cárcel!— entró y se bañó, después su papá y mi hermanito lo llevaron con el Lic. Domínguez Mas, y éste lo llevó a la posada "María Esther" para entregarlo a las autoridades al día siguiente y trasladarlo al penal de San Francisco de Kobén" (Gladis Domínguez Castillo. Entrevista personal, 25 de mayo de 2011).

Julio César López Domínguez fue un hombre de regular estatura, como de 1.70 mts de alto y con un peso aproxima-

do de 110 kg. Nunca se casó ni tuvo hijos. Ya estando en el penal de Kobén, usaba su corte de cabello tipo punk y man-tenía todo su cuerpo tatuado. Sus amigos eran de un grupo de reos apodados "Los Ne-gritos Yaxcab".

Al igual que como en la vieja prisión de la calle 63, Julio logró hacerse el amo y señor de todo el penal de Kobén: "menospreciaba al reo que se portaba mal. Cuando se mandaba a llamar a un interno ahí abajo en el penal y no subía, él bajaba y del pelo lo hacía subir, lo madreaba, era el madreador. Así fue creciendo su fama del perrito López" (Vicente Poot. Entrevista personal, 6 de enero de 2011).

Por 10 años fue el señor absoluto del reclusorio, ahí se hacía lo que él decía: "un día me contó que cuando llegaba un preso por haber violado a una niña o niño, inmediatamente él lo agarraba a patadas y lo molía a golpes como castigo por su delito, lo hacía sufrir hasta el cansancio. Aplicaba su ley. Vivía solo en su celda, tenía su televisión, su refrigerador y a su fiel perro llamado El Pantera.

"Yo lo visitaba seguido; un día mi yerno Tal-lango me llevó al penal a verlo y le llevé de regalo dos conejos. Resulta que al entrar me preguntaron que a quién venía a vi-sitar, contesté que al "Perro López",

pasé a la revisión y dije que no traía drogas ni nada, sólo los animalitos para mi sobrino, pero me indicaron que no podía meterlos. Cuando vi a Julio me dijo:

—¡Qué hay gorda! —¡que hay hijito, te vine a ver pero no me dejaron pasarte unos conejitos que te traía, me los quitaron!— Se enojó tanto que hizo que se los entregaran. Total él era el que mandaba ahí adentro (Gladis Domínguez Castillo. Entrevista personal, 25 de mayo de 2011).

Gracias a su fama y con el paso de los años, Julio se hizo de muchos enemigos en la cárcel, había ocasiones en que ya no bajaba al patio del reclusorio porque existían grupos de internos que ya no lo podían ver. “El Perro” tenía

que morir, ya no les convenía vivo y por eso lo mataron.

Julio fue asesinado el domingo 6 de junio de 1993 a las 20:15 hrs. de 60 puñaladas. Aquel domingo su padre Moisés había concluido su día de visita al penal y fue el último en verlo con vida:

“lo mataron ahí en Kobén, —¡si baja el Perro hoy, hoy se muere!—, decían. Lo mataron con puros machetes y puñales. Se agarró de las rejas y ahí lo apuñalaron, corrió al baño y quedó sobre la taza del escusado. Vi cómo subían su cuerpo a la camioneta, y donde lo asesinaron, parecía como que habían destazado una res, así había de sangre. Pobrecito Perro así acabó, conmigo siempre fue tranquilo” (Vicente Poot.

Entrevista personal, 6 de enero de 2011).

Al día siguiente, la prensa de Campeche daba la noticia del homicidio:

“La negligencia en la Dirección del Centro de Readaptación Social de San Francisco Kobén y los posibles grupos que se han formado para conseguir el control del penal dieron como consecuencia el asesinato de Julio Cesar López Domínguez, alias “El Perro”. Fuentes extraoficiales dieron a conocer que anoche, alrededor de las 8:15 horas, fue asesinado el “Perro” quien se decía era el “mandamás” del Cereso. De acuerdo con la versión, López Domínguez se encontraba en la parte superior del penal, sin embargo se le ordenó bajar al patio central (galeras) lo que aprovecharon sus enemigos para causarle la muerte” (Casanova, 1993, p. 4B).

Ante el asesinato de Julio César, las autoridades de la Procuraduría General de Justicia del Estado declararon a la prensa que dicho crimen había sido por rencillas personales y que se investigaba para dar con los culpables y deslindar responsabilidades.

Muchas fueron las versiones y muchos los comentarios que se dieron sobre aquella muerte, tanto de autoridades como de la prensa y de familiares, pero nunca se explicó a ciencia cierta porqué mataron al “Perro López” ahí en Kobén.

Lo cierto era que Julio ya estaba muerto. Su cuerpo fue velado en la funeraria “Pérez Díaz”: “yo lo vi en su caja y tenía muchas vendas en el cuello, fue un sepelio muy triste, quienes lo conocieron fueron a verlo. Lo enterraron en el panteón de Santa Lucía. Nunca voy a ver a Julio a su tumba, me deprime, no acostumbro estar visitando a los muertos, sólo lo recordamos cuando cumplió sus ocho días de fallecido. Tengo muchos recuerdos de él como cuando se lo llevaban preso o lo entregaban, nunca lo golpearon los policías porque lo respetaban. Conmigo nunca se metió, lo quería mucho” (Gladis Domínguez Castillo. Entrevista personal, 25 de mayo de 2011). (Foto 1).

Después del asesinato del “Perro López” en las galeras de Kobén, la prensa, a través de la pluma de Ramón Jiménez Gómez, argumentaba que el fantasma del narcotráfico



Foto 1: Cripta 263 "D". Zona de Ampliación. Panteón Municipal de Santa Lucía. Tumba de Julio César López Domínguez alias "El Perro López". Hoy en día Julio comparte el mismo espacio con su hermano Martín Iván, quien falleció el 2 de agosto de 1997. Foto: Arón Enrique Pérez Durán.

provocaba las luchas internas de los reclusos de la cárcel donde la vida no valía nada: "el imperio de la ley del más fuerte ronda sobre la humanidad de 800 reos. El temor y la amenaza de muerte se pasean en las 15 hectáreas que privan de la libertad a una porción de esa sociedad. Es el penal de San Francisco Kobén donde las alas de la libertad están suprimidas, aunque espacio aún para el libertinaje. La vida y la muerte juegan pero titubean en hacerse valer una de la otra. El fantasma del narcotráfico recorre las galeras y provoca luchas internas, estériles. Es Kobén y sus reos, es la cárcel y sus huéspedes. Ahí se roba, se comercia con armas, con licor de fabricación casera, tepache, a 5 mil pesos (viejos) el litro. Se trafican estupefacientes, aunque ninguno de los 800 internos sabe nada de nada. Una cárcel no es cárcel si no hay mota.

—¡Ves tú entiendes! — ¿No?" Se cometen atracos sexuales entre los mismos internos. Se asesina con la ley en la mano. Es la ley

del más fuerte. El pez grande se engulle al chico (Jiménez, 1993, 1era. Parte. p. 4B).

"No hay que ir hasta León, Guanajuato. Aquí en el Centro de Readaptación Social de San Francisco de Kobén, también "la vida no vale nada y se respeta al que gana". Cuatro muertes, la última del "Perro López", en menos de cinco meses, así lo confirman. Es el penal y sus huestes desadaptados. El "Perro López" fue uno de ellos. También está Valentín Trinidad Centurión, y otros más. Ellos culpan a la sociedad. Ellos son las víctimas. Hay luto en Kobén, murió "el mayor". — "El Perro" fue buena onda con nosotros, nos aliviaba, nos hacía el paro, protegía a la banda. Él era, ¡cómo te diré! — ¡pues cuate!"—. (Jiménez, 1993, 1era. Parte. p. 4B).

"El ansia de escapar va de celda en celda, en el penal nadie es culpable de estar ahí: —mira a mí me acusan de haber violado a mi hija recién nacida, pero ni pruebas

tiene mi vieja. Es más, ni examen médico le hicieron a la criatura. ¿Tú crees?.. no soy culpable”— Untados en la pared están los aires de la violencia: “aquí estuvo El Perro López”, quizás no López, el que se fregó a José”. El vandalismo bosquejado con sendos picazos sexuales en el cuerpo. La pornografía en la pierna de Valentín, dos cuerpos restregados. Huellas y grabados a tinta china, en brazos, tórax, piernas y espaldas. Como los de Manuel Rodríguez. Dibujos masoquistas que pinchan los poros y dejan estigmas de monstruos, ángeles, pegasos, cobras, mujeres y sus sexos revelados, nombres, miembros viriles y las más figuradas variadas, sin fallar la Guadalupana. Son los reos de Kobén. El penal y su ley de la selva, la cárcel y sus inmensos bemoles. Pierde el débil, triunfan los grandes y cualquiera puede morir. Así le ocurrió a Julio César López Domínguez, aunque ya quería aprender a leer y escribir. Por quién doblan las campanas en las galeras de segregación —“¡Porque él fue buena onda, nos aliviaba gruesamente!”— decían sus compañeros, quienes colgaron un moño negro en la entrada de su celda” (Jiménez, 1993, 1era. Parte. p. 4B).

“En menos de los cinco primeros meses del año suman ya cuatro muertes en el penal. El último fue Julio, de quien se dice era el mandamás. De carácter agresivo, pero en últimas fechas mostraba buena conducta. Sin embargo, su muerte aún oscura, se deba a venganzas de sus enemigos, quienes al verlo que bajó, ya que se le había integrado nuevamente con sus anti

com-
pañeros,
lo asesinaron de
60 puñaladas. Va-
lentín Trinidad Centurión
aseguraba que a Julio lo
habían asesinado porque no
logró cumplir, junto con otros reos,
la orden de un alto jefe, al parecer
de dar muerte a otro recluso. El mismo
Valentín, confinado a una celda de cas-
tigo, porque resultó agredido a mache-
tazos por Jorge Alberto Delgado Sánchez y
Román Aguayo, y porque podría ser portador
de SIDA, en fechas pasadas, señalaba que él
y el “Perro” colaboraban con altos jefes carce-
larios en controlar a los demás internos, mientras
mostraba una herida que le cruzaba el cuerpo,
del pecho al vientre” —¡Aquí adentro la cosa esta
gruesa!— a mí me quisieron matar, pero mis agre-
sores fallaron y por ello me relegaron. La bronca es
que todos quieren ser los meros meros, quieren ser los
jefes de los grupos. En una cárcel hay de todo, pero
no te puedo decir cómo entra y quiénes la venden,
porque mi vida estaría en peligro. Acusado por cua-
tro delitos, del mero barrio de Santa Ana, el Valen-
tín, lanzaba acusaciones a diestra y siniestra desde
su celda “especial”. Otros reos, quienes prefirieron el
anonimato, dijeron que la lucha por tomar el poder
en el reclusorio se había agudizado.

—¡Mira, tú sabes que aquí y en cualquier otra
cárcel del mundo hay mota!— ¡Es lo que menos
falta hace en cualquier lugar de éstos, pero no
te puedo decir cómo y quiénes la introducen,
porque mi vida estaría en peligro!— Valentín
acusaba a Arturo Velázquez Abarca de ser
uno de los que querían tomar el control del
penal y que desconocía a los asesinos
del “Perro” porque temía por su vida.
Por su parte las autoridades peniten-
ciarias aceptaban que en fechas
pasadas se introducía droga
al penal, a través de peloti-
tas de plástico y negan-
do que se siguiera
efectuando. La
marigua-
n a

era traspa-
sada por la
parte trasera del
reclusorio en donde se
ubicaba una quinta frutí-
cola" (Jiménez, 1993, 1era.
Parte. p. 4B).

"Galera SC-3: el estribillo de: "...tú es-
tás siempre en mi mente, pienso en ti
amor cada instante..." invade el lugar. Es
una canción de "Juanga" que brota de una
guitarra mal tocada. La toca Reyes Daniel
quien también hace cuadros. Ahí la mayoría
de los 49 reclusos padecen amibiasis. Se quejan
de carencias médicas. Para Luis Escobar, acusa-
do de homicidio y que se dice inocente, uno de los
mayores riesgos en Kobén es contraer enfermeda-
des debido a la falta de higiene en la comida y la
insalubridad en los baños y dormitorios. Sin embargo,
el verdadero problema en sí de nueva cuenta era
la violencia. —"Aquí si te descuidas te lleva la ..."—
Aseguraba Teófilo, acusado de homicidio" (Jiménez,
1993, 2da. Parte. p. 4B).

Después del trágico asesinato de Julio César "El Pe-
rro", la imagen de éste pasó a formar parte de los
hombres ídolos que se crean en la imaginación
colectiva de los internos de una prisión, una gale-
ra o una celda de castigo: "rostros con síntomas
de agresividad, cabellos a la punk y grafitis en los
cuerpos a tinta china. Es la celda "La novia del
mar" donde no hay mar y nadie tiene novia. Ahí
un grupo de reos platica y se enorgullece del
difunto "Perro López".

—Él fue buenísima onda con nosotros, siem-
pre nos alivió y nos hacía el paro.— Era
el héroe, aunque para la mayor parte
de la sociedad haya sido descono-
cido. —Era el jefe, el capo o ma-
yor de la penitenciaría, todos les
respetábamos la vara—. ¿Y
quién lo mato? La respues-
ta era obvia. El silencio
absoluto. Miradas
entre ellos.
Uno se

envalentona, mira en derredor y afirma: — "Sí lo sa-
bemos pero no podemos decirlo, porque nuestra
vida corre peligro...Tú sabes ¿no? —¡agarra la
onda!"— (Jiménez, 1993, 2da. Parte. p. 4B).

En el penal, algunos presos prefirieron
callar y hablar de que las cosas eran
normales. Aún después de muerto,
Julio César López Domínguez siguió
siendo famoso entre todos aque-
llos que compartían un espacio,
anécdotas, lágrimas, rencor y
esperanzas en el penal de Ko-
bén. Hasta su propio corrido
le hicieron: "fue un domingo
6 de junio, a Julio César Ló-
pez lo mataron, lo mataron
por la espalda, no podían
de otro modo, su muerte
ya estaba comprobada,
era un gallo de pelea,
ahora se oye por todas
las galeras los lamentos
de su perro fiel que lo lla-
maban Pantera" (Gladis
Domínguez Castillo. En-
trevista personal, 25 de
mayo de 2011).

"Él labró su propio desti-
no. Jamás iba a salir de la
cárcel, él quería mandar,
él mandaba. Si aún vivie-
se y a sus 54 años, ya ni de
viejo saldría" (Gladis Domín-
guez Castillo. Entrevista per-
sonal, 25 de mayo de 2011).

Hoy en día, hay gente que aún
recuerda a Julio en aquella triste
y solitaria tumba donde descansa
junto a su hermano y con su epita-
fio: "Señor, triste quedó nuestro hogar
sin sus presencias.

Se fueron dejándonos la nobleza de sus co-
razones. Que descansen en tu reino celestial
eternamente". Lo visitan aquellos hombres que
compartieron una celda con él en Kobén o que lo

conocieron en las calles de la ciudad cuando joven. Hombres marcados por una vida atropellada, en donde sus cuerpos tatuados aún reflejan aquellos duros años de vivir en una cárcel. Hombres que aún respetan y recuerdan al que un día fue el jefe, el capo, el mandamás.

Un personaje llamado Julio César López Domínguez, alias "El Perro López". (Foto 2).



Fuentes consultadas

Casanova Villamonte, Wilbert (7 de junio de 1993). El día de ayer asesinaron al “Perro López”. Novedades de Campeche. p. 4B.

Jiménez Gómez, Ramón A (10 de junio de 1993) Temor y amenazas de muerte rondan en Kobén. 1era. Parte. Novedades de Campeche. p. 4B.

Jiménez Gómez, Ramón A (11 de junio de 1993) Temor y amenazas de muerte rondan en Kobén. 1era. Parte. Novedades de Campeche. p. 4B.